

Opciones de incorporación productiva para las jóvenes del medio rural

Paloma Bonfil

Grupo Interdisciplinario Mujer, Trabajo y Pobreza (GIMTRAP) México

Desde hace ya varias décadas, se ha venido consolidando una doble tendencia en el medio rural mexicano: por una parte, el ahondamiento de la brecha en los indicadores de desarrollo que separan a las ciudades del campo, los pueblos, las comunidades y las rancherías y que ha llevado a que la pobreza se asiente y crezca en el medio rural. Por otro, la creciente y cada vez más visible participación de las mujeres en las actividades económicas, aunque no siempre remuneradas, en los mercados de trabajo y en los sistemas de educación. Las cifras demuestran que hoy por hoy, en nuestro país como en otras naciones, las mujeres son más pobres que sus pares masculinos, tienen menos oportunidades de empleos adecuadamente remunerados y presentan menores niveles de instrucción.

Las desigualdades que enfrentan las jóvenes del medio rural, indígenas y mestizas, se acrecientan al compararse con las oportunidades a las que acceden, incluso las mujeres, niñas y jóvenes que viven en condiciones de pobreza en los ámbitos urbanos. El universo rural, por otra parte, no es homogéneo y reproduce a su interior asimetrías, vinculadas a las regiones geográficas, a la disposición y acceso de recursos naturales y a características sociales como la etnia, el género y la generación.

Según cifras del Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI), en las entidades más rurales, la diferencia en los niveles educativos de varones y mujeres aumenta: estados como Chiapas, Guerrero y Oaxaca, que además de albergar amplias poblaciones rurales cuentan con una importante densidad de población indígena, tienen cifras de analfabetismo masculino del 16% y analfabetismo femenino del 20%, que contrastan con las de estados menos rurales como el Distrito Federal, Nuevo León o Baja California, donde los porcentajes correspondientes son del 4% y el 5%.

Finalmente, en las localidades de menor tamaño, el porcentaje de mujeres analfabetas (de 15 años y más) también aumenta a medida que se reduce el tamaño del lugar: menos de 2,500 habitantes, 18.5% de analfabetismo masculino y 27% femenino; localidades de 2,500 a 4,999 habitantes, 13.5 % y 20.7%, respectivamente; y en localidades de 5,000 a 10,000, habitantes, el analfabetismo masculino es de 10.1%, mientras que el de las mujeres asciende a 15.3%.

En una sociedad que concibe la educación como una oportunidad y cuyo limitado desarrollo económico sólo propone como posibilidad de ascenso social el acceso a las oportunidades educativas, el rezago en esta materia se traduce en una cadena de exclusión de la que son víctimas muy especiales las jóvenes rurales, indígenas y mestizas.

Por otra parte, el empobrecimiento del campo también ha estrechado las oportunidades de empleo y actividades remuneradas para sus habitantes: ya no hay tierra que repartir; los créditos y apoyos al campo se han reducido considerablemente; la liberalización comercial ha desplazado las posibilidades de subsistencia de los grupos campesinos; y, la industria existente se ubica en núcleos urbanos o en corredores alejados de las zonas rurales más marginales.

Para las jóvenes rurales, el panorama anterior significa un presente agónico y un futuro cancelado, en términos laborales y de expectativas de elevar su calidad de vida. Con graves rezagos educativos, sin acceso a la escuela o accediendo a una educación de ínfima calidad, ubicadas en un entorno socioeconómico dominante donde sus conocimientos, calificaciones y experiencia pierden valor progresivamente, más que una oportunidad, el sistema educativo se presenta como un nuevo mecanismo de exclusión.

Esta falta de oportunidades se agudiza entre los grupos campesinos y resulta extrema para las jóvenes indígenas. De esta forma, vincular los factores de educación y trabajo en un análisis de las condiciones y la posición de las jóvenes de los sectores diferenciados del medio rural mexicano, permite identificar los

mecanismos de desigualdad acumulada que operan en la exclusión y la inequidad que estos sectores deben enfrentar.

Por otro lado, una revisión cuidadosa de la oferta de los mercados de trabajo para las jóvenes rurales muy especialmente, permite obtener una radiografía bastante precisa de las dinámicas económicas, sociales y aún culturales que prevalecen en el medio rural de México. Por un lado, la inversión productiva de la nación está bastante alejada de la producción agrícola y ganadera de las grandes mayorías en el campo.

Dentro de las regiones indígenas, la canalización de recursos del estado se ha dirigido, más que a impulsar un desarrollo local -aprovechando los recursos y la fuerza de trabajo de cada lugar-, a impulsar la creación de mercados -de tierras, de productos, de fuerza de trabajo- estrechamente vinculados a las necesidades y dinámicas del capital. Con ello, la agricultura de subsistencia de amplias capas de la población indígena apenas y permite generar los recursos para la sobrevivencia de estas poblaciones unos cuantos meses al año. La agricultura que florece en México es aquella vinculada a los mercados de consumo suntuario o de exportación; la producción alimentaria de autoconsumo aunque persiste, se ha desalentado en una clara intención política y económica de introducir el capital en el campo.

Por su parte, aunque algunas ramas de la industria y la maquila absorben importantes cantidades de fuerza de trabajo procedente del medio rural, en general se localizan en regiones que implican el desplazamiento, el desarraigo o la migración temporal, lo cual tampoco contribuye a generar dinámicas de desarrollo local que favorezcan tanto la permanencia como la elevación de los niveles de bienestar de los habitantes de un lugar, especialmente de las mujeres de cualquier edad.

Finalmente, dentro de una revisión de las opciones laborales que se presentan a las nuevas generaciones de muchachas en el medio rural, no puede dejar de tomarse en cuenta el acceso, el control y/o la propiedad de los recursos, toda vez que en la mayoría de las sociedades rurales, especialmente en las agrícolas y campesinas, las mujeres difícilmente heredan, disponen o poseen medios de producción (tierras, animales, herramientas, casas, maquinaria) lo cual hace aún más difícil su situación en términos de capacidad laboral.

En estos contextos, la situación actual de la fuerza de trabajo femenina joven en el medio rural se enfrenta a mercados laborales desventajosos -tanto en términos de salarios como de condiciones de trabajo; a la falta de oportunidades para el desarrollo de actividades rentables en sus lugares de origen; a la restricción en la gama de actividades productivas para las mujeres; y, a patrones diversos de migración. No obstante, las cifras y los estudios recientes demuestran que el campo mexicano se está "femiiiizando"; es decir, al igual que ocurre en otras actividades marginadas del desarrollo o de las prioridades económicas, son las mujeres quienes se ocupan hoy de impulsar una producción y servicios que ya no resultan atractivas para la fuerza de trabajo masculina.

El abandono de la agricultura y aún de muchas actividades pecuarias por los varones que prefieren emigrar en busca de mejores oportunidades ha llevado, entre otras cosas, a que sean las mujeres las encargadas de la milpa, la parcela ejidal o el cuidado de los potreros, en condiciones de mayor desventaja aún que sus compañeros, ya que ellas no alcanzan siquiera a ser titulares de los medios de subsistencia y quedan, por tanto, al margen de la toma de decisiones, la representación y visibilidad en la gestión ante el estado y otras instancias, y de la recepción de apoyos diversos como la capacitación o la asistencia técnica.

En términos culturales, un último factor importante de desatacar en el análisis de la situación y condición de las jóvenes rurales en los ámbitos de la educación y el empleo, es el factor de género que determina prácticamente la obligatoriedad del matrimonio y la maternidad desde muy temprana edad, reduciendo así también las oportunidades de las nuevas generaciones de mujeres jóvenes de acceder a un desarrollo personal y colectivo que se traduzca en opciones realizables para ellas.

En efecto, la necesidad ya sea de apoyar a la madre o a las mujeres mayores de la unidad doméstica o la familia en las labores de la casa y el cuidado de los niños más pequeños, o de asumir su condición adulta en una precipitada transición de la infancia, hace que un importante número de chicas del medio rural abandone la escuela y se inserte más adelante en actividades remuneradas en condiciones de desventaja, con la responsabilidad de una nueva familia a cuestas.

La mala calidad y las pocas opciones que ofrece el sistema educativo a este sector de la población; los mercados de trabajo devaluados que se le abren en una juventud que muchas veces podría considerarse aún infancia; la falta de recursos propios y colectivos como jóvenes mujeres en el medio rural; la necesidad de responder a las expectativas sociales y de género que las marcan para el matrimonio y la maternidad tempranos; y, finalmente, los entornos de pobreza en que se desenvuelven sus vidas, hacen que las opciones para las muchachas rurales, indígenas y mestizas, en el campo y en los destinos de migración, constituyan una cadena de exclusión y cancelaciones de futuro que es necesario revertir. Así como también, es necesario es conocer y develar los nichos en los que ellas han venido construyendo sus respuestas, sus resistencias, sus esperanzas.